ediciones
ALFAR

ediciones
ALFAR

SOLEÁ,
dame la mano

ediciones
ALFAR

Alberto Álvarez Campos

SOLEÁ,
dame la mano

ediciones ALFAR

ediciones ALFAR

Otras Narrativas
Edición a cargo de Luis M. Oliva Lucas
Primera edición: marzo de 2021
Diseño de cubierta: www.srdonovan.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ICAS
Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla
NO8DO Ayuntamiento de Sevilla

Proyecto realizado con el apoyo del Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla

© Alberto Álvarez Campos
© Ediciones Alfar S. A.
Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6. 41008 Sevilla
www.edicionesalfar.es/alfar@edicionesalfar.es
ISBN: 978-84-7898-890-7
Dep. Leg.: SE 449-2021
Imprime: ServicePoint
Impreso en España / *Printed in Spain*

Aunque documentada e inspirada en hechos reales, *Soleá, dame la mano*, es una novela cuya trama y personajes son imaginarios. El autor, tras una labor de investigación acometida mediante entrevistas a implicados en los hechos y acceso a documentos privados, ha alterado una serie de detalles necesarios para la ficción.

Todo ello, en memoria de los incidentes ocurridos en la *Madrugá* del año 2000, los cuales cambiaron la ciudad de Sevilla tal y como la conocemos, dando vida al miedo entre sus calles, así como de los misterios de aquella noche que, hoy día, siguen sin encontrar respuesta. Y, finalmente, de las primaveras de los años 2020 y 2021, que ya nunca volverán con nosotros. Como decía aquel, si abres estas páginas, te enseñaré el don de Sevilla en primavera.

ediciones ALFAR

ediciones
ALFAR

Una idea original escrita por:

Alberto Álvarez Campos



«Lucías tú una clara mañana de verano, de amaneceres que no mienten, de esas mañanas de luces blandas que te hacen gloriosa. La luz se había levantado a eso de las seis. Recién habías despertado y en tu rostro encalado se dibujaba la dulzura de los cuerpos tibios. Yo vestía de blanco, tenía veintiséis años menos y el corazón a medio escribir. Ni siquiera podía imaginar que algún día fueras a fijarte en un muchacho que se presentaba ante ti con una maleta, tres tebeos y el rostro atontado por una larga noche de tren, siempre el tren».

Carlos Herrera, Pregón de la Semana Santa de Sevilla, año 2001.
Uno después de los incidentes.

ediciones ALBAR

ediciones
ALFAR

A Luis, por prestarme su nombre para el mejor de mis personajes. Ojalá cuando tengas edad para leer esta historia la disfrutes tanto como yo disfruto tu compañía.

A Ana, por dar color al mundo y vida a este cuento. Y por pedirme que vuelva a jugar cada día.

Y al azar en la cola de un concierto. Por alegrarme los días, acompañarme en cada paso del camino, y enamorar al primero de mis personajes. Te lo debía.

ediciones ALFAR

ediciones
ALFAR

Itinerario *SOLEÁ, dame la mano*



La Madrugá (I) 15

1. Soleá, dame la mano 22
2. Romance en el Porvenir 42
3. Alguien que ha perdido la fe 57
4. La boca del león 67
5. Misa de doce 81
6. Mirar a los ojos a Dios 93
7. Necesidad o venganza 110
8. Venia 123
9. Una firma en la pintura 138
10. La noche de las Perseidas 158
11. La última llamada 176
12. La sexta carta 196
13. Y después, el pánico 217
14. Una foto, un árbol y un destello 232

La Madrugá (II) 249

15. Justicia 252

Epílogo 261

Agradecimientos 269



ediciones ALFAR

ediciones
ALFAR



ediciones ALFAR

LA MADRUGÁ (I)

Barrio de Triana
La Madrugá, 2021
Punto de inicio

El pánico había vuelto a apoderarse de cada rincón como veintiún años atrás. Pavor en bocacalles oscuras, gritos ahogados que buscan una respuesta, y terror a lo desconocido.

La *Madrugá* de Sevilla es, sin duda, la noche más importante del año en la capital andaluza. Todo se paraliza. A veces, incluso el tiempo. Desde la media noche que separa al Jueves del Viernes Santo, hasta el mediodía siguiente, la soledad, esa compañera tantas veces relacionada con las altas horas de cualquier madrugada, deja paso a los miles de personas que se dan cita en el centro histórico y los barrios más añejos de la ciudad para presenciar un espectáculo digno de recordar.

Las costumbres y creencias de una de las provincias más religiosas de España se hacen presente y, durante unas horas, todo parece provenir de otra época. Sus murallas y callejones hacen las veces de máquina del tiempo para cualquiera que se deje llevar por su innegable ficción. De estética y encanto únicamente comparables a los del Carnaval de Venecia, miles de fieles, ataviados con túnicas y capirotes, como sacados de una película medieval, alumbran con las llamas de sus cirios el camino hacia la catedral de Santa María de la Sede de las imágenes de las hermandades con mayor devoción de toda la ciudad, aquellas que tienen fama de milagrosas, y cientos de leyendas detrás.

Seis son las cofradías que realizan su estación de penitencia esta mágica noche. Seis maneras distintas de entender la religión, desde la humildad y el silencio, hasta los excesos y la música. Luz en la oscuridad, fe en tiempos de odio. Tradición en un mundo que avanza tan rápido que no se respeta ni a sí mismo.

Aunque declarada de Interés Turístico Internacional, no todo es como lo pintan las agencias de viajes. Es una noche en la que abundan los peligros. En una ciudad de evidentes contrastes, como lo es Sevilla, en la *Madrugá* también se da cita lo peor de la sociedad. Los indeseables que merodean por sus calles buscando alguna esquina donde tomar una copa más, ausentes a todo lo que está ocurriendo a sus espaldas y reduciendo todo lo que son a un trago aguado en el fondo de cualquier vaso, el frío húmedo característico de la primavera en el Valle del Guadalquivir, o la gran multitud de personas que se agolpan alrededor de las hermandades formando durante unas horas un círculo alrededor del casco antiguo que actúa como una jaula de la que muchos no quieren escapar, y otros tantos no son capaces. Todos

ediciones ALFAR

estos ingredientes hacen de esta una noche complicada para cualquiera que no esté preparado o acostumbrado a ella.

Son muy comunes los accidentes, unas veces más graves que otras, y aún son muchos los casos que quedan sin resolver. Tumultos, forcejeos y reyertas. La policía local la afronta como una noche en la que relajarse no está permitido.

El más recordado de todos estos accidentes, por sus dimensiones y repercusión, tuvo lugar en la ya célebre *Madrugá* del año 2000, cuando un ataque de pánico se apoderó de la ciudad, haciendo a cada uno de los presentes huir despavoridos, sin saber en realidad de qué huían, ni hacia dónde lo hacían, provocando cientos de heridos. Las carreras se sucedieron, los enseres y cirios se abandonaron a su suerte, e incluso las imágenes que representan a Dios y a su Madre quedaron abandonadas. Los incidentes coparon las noticias y programas a nivel nacional, llegando a formar parte del repertorio de *Cuarto Milenio*, sin embargo, el conocido Iker Jiménez no encontró nada sobrenatural en los hechos.

Una especie de psicosis se apoderó del pueblo durante la noche, y desapareció con las luces de la mañana.

Hoy, el porqué de aquellos actos sigue siendo para muchos una incógnita de la que teorizar en la esquina de cualquier tasca con el codo apoyado en la barra, y para otros pocos, un secreto oculto que, de salir a la luz, acabaría con el régimen establecido en la ciudad y las creencias de sus habitantes.

El enigma y el peligro terminan de redondear el embrujo. Una infinidad de secretos que nacen con cada anochecer para morir al alba.

Desde aquel año, los conatos de nuevos ataques de pánico se han vuelto a suceder cada *Madrugá*, desencadenando una serie de percances con difícil explicación. Un apuñalamiento o una huida en falso hacia ninguna parte, provocando la correspondiente instrucción policial sin obtener una solución satisfactoria. El terror y la tensión siguen presentes cuando la oscuridad se apodera de las calles, flotando levemente en el aire, sin llegar a tomar la forma monstruosa de aquella fatídica noche. Como un tornado que nunca llega a tocar el suelo.

Es por ello que la mayoría de las familias con niños pequeños esperan hasta que estos sean algo más mayores antes de llevarlos a conocer la *Madrugá* sevillana. No había ocurrido así, sin embargo, en

ediciones ALFAR

esta ocasión, en una familia que, cuando el reloj estaba a punto de marcar las seis y cuarto de la mañana, tras varias horas caminando por el centro de la ciudad, acababa de emprender la vuelta a casa. Todo esto, debido al cansancio de su único hijo, quien había presenciado por primera vez el hechizo de esta noche.

Apenas unos minutos después, ya se encontraban cerca de Torre Sevilla, el gigantesco rascacielos situado en las afueras del barrio de Triana que tanta polémica trajo con él debido a su estructura moderna, fuera de toda consonancia con una ciudad que se enorgullece de sus raíces y para la cual las agujas del reloj siempre avanzan demasiado rápido.

La noche para esta pequeña familia había transcurrido sin pena ni gloria. La atención permanente que requiere un chico de apenas siete años entre el tumulto atronador del gentío había provocado que la preocupación se hubiera impuesto, sin apenas esfuerzo, ante cualquier otra circunstancia en las mentes de sus progenitores. Aun así, sin saberlo en aquel momento, siempre recordarían con cariño el chocolate con churros en familia que disfrutaron en uno de los bares de la calle San Eloy, el Restaurante Picatoste. Incómodo por la cantidad de gente que se agolpaba en el bar refugiándose del frío y esperando a que llegase la siguiente de las hermandades de la noche a la plaza de la Campana —centro neurálgico de la Semana Santa de Sevilla—, y extremadamente caro por servirse en una fecha así. Como otras tantas veces, momentos sin nada en especial gozan de esa extraña habilidad para marcarse en la retina y terminan por atraparnos en un deseo inevitable de recuperar la tranquilidad. La seducción del día a día.

Todo el camino de vuelta se había producido con calma, sin ser ninguno de ellos consciente de los acontecimientos que habían tenido lugar en el centro histórico hacía solo unos minutos.

Una vez llegaron a la antigua estación de trenes situada en plaza de Armas, justo antes de cruzar el puente de la Expiración, al que se conocía popularmente como el del Cachorro, habían escapado por los pelos, sin saberlo, de una venganza que llevaba años gestándose.

El pequeño caminaba de la mano de su madre, mientras que el padre lo hacía alrededor de un metro y medio por delante de ambos, con el objetivo de no dejar caer el ritmo e impedir así que la vuelta al coche se convirtiera en un camino eterno. Práctica común en todo padre de familia.

ediciones ALBAR

La aglomeración de personas hacía prácticamente imposible aparcar en el centro o sus inmediaciones durante una fiesta como la Semana Santa, por lo que la gran mayoría optaba por buscar un hueco en la zona de la Cartuja, abandonada a su suerte tras la fructífera Expo del año 92. Con un diseño que, aún hoy, parecería sacado de la película de ciencia ficción más atrevida, la dejadez y la incompetencia de los partidos políticos la habían convertido en una explanada de ruinas, discotecas y calles abandonadas para que los adolescentes acudieran en coche con sus parejas, lejos de la atención de quienes no tienen nada que ver.

El agotamiento tanto del menor, que ya había caminado a lo largo de toda la noche más de lo que acostumbraba, como de su madre, provocaron que fuera el padre quien, una vez cruzado el puente y llegado a la zona de la Cartuja donde unas horas antes habían aparcado, se acercara a recoger el coche familiar solo. Mientras tanto, madre e hijo quedaron esperando en uno de los bancos de madera situados a los pies del espectacular rascacielos.

El rocío en la madera y el frío que arreciaba hacían de aquel banco un lugar tremendamente inhóspito. La mujer se apretó el abrigo abotonándolo hasta arriba, y colocó al pequeño encima de sus piernas cansadas, justo antes de abrazarlo con fuerza.

En la inevitable batalla contra el sueño que aquel chico comenzaba a perder, mientras se acomodaba en el hombro de su madre, posó sus ojos en el Aljarafe sevillano. El barrio de Triana linda con Sevilla, pero también con esta comarca que se extiende en una cornisa paralela al río Guadalquivir hasta su finalización en las marismas. De aquel lugar llamó su atención un único árbol que coronaba un pequeño monte. Se trataba del mirador de Santa Brígida, situado en el municipio de Camas, el pueblo dormitorio más cercano a la ciudad, lugar desde el que se podía disfrutar de una de las mejores vistas de Sevilla al aire libre. Aun con todo el sueño que acumulaba ya en aquel momento, comenzó a pensar en cuánto le gustaría jugar y correr por allí.

Con la mirada fija en aquel monte y en el árbol que lo decoraba, se imaginó a sí mismo subiendo allí con sus padres, sus amigos del colegio y sus juguetes favoritos. Corriendo y saltando bajos sus ramas. Estando su mente ocupada en esta diversión ficticia, sus párpados comenzaron a caer lentamente. El tiempo entre parpadeo y parpadeo

ediciones ALBAR

fue cada vez menor, hasta que, justo antes de cerrarse por última vez, un fuerte destello blanco se iluminó a los pies del árbol que seguía observando, acompañado, apenas un segundo después, de un ruido seco, fuerte y desagradable.

Su madre, que también lo había escuchado, instintivamente agarró con fuerza al pequeño contra su pecho, movimiento que no sobresaltó a su niño en absoluto, a la par que también ponía sus ojos en aquel pequeño monte, como había hecho su hijo solo unos segundos antes. Aunque la falta de luz a aquellas horas de la mañana dificultaba la vista, le pareció intuir que decenas de pájaros habían salido volando del árbol, debido, sin duda, al ruido estremecedor que acababa de sonar.

El claxon del coche familiar interrumpió sus pensamientos. El padre encendió las luces de emergencias, levantó el freno de mano y salió del vehículo para recoger al menor de los brazos de su madre y, posteriormente, colocarlo en la silla infantil del coche entre ambos, con las dificultades que provocaba hacerlo mientras este dormía. Ella lo hacía con prisas. Parecía nerviosa y aquel ruido sobrecogedor aún resonaba en su cabeza. Él no notó nada. Una vez colocado el cinturón, ella se acomodó en el asiento del copiloto y comenzó a descalzarse para aliviar el dolor de sus pies tras toda una noche caminando con aquellos tacones que habrían alegrado la vista de su marido en cualquier otra situación, pero que carecían de sentido para vivir una *Madrugá*. Esto llegó a ocupar toda su atención, hasta que su marido arrancó el coche y comenzó a hablar.

—Ha disfrutado como un niño chico esta noche.

Hizo un gesto con la cabeza señalando al asiento de atrás a la par que maniobraba con la palanca de cambios.

—Como lo que es —respondió ella con una sonrisa, mientras se rendía tratando de recoger su cabello y apoyaba la cabeza en la ventanilla del coche—. Tiene más aguante que yo, no veo el momento de meterme en la cama.

—Puedes dar una cabezadita rápida. En quince minutos estamos en casa.

El traqueteo del vehículo y la incomodidad manifiesta del cristal contra el que rebotaba su cabeza hacían que conciliar el sueño fuera tarea difícil, sin embargo, el cansancio era más fuerte que todos estos obstáculos y en menos de cinco minutos ya estaba dormida.

ediciones ALFAR

No volvió a pensar en aquellos pájaros volando, escapando de las ramas de aquel árbol, ni en el ruido que apenas unos minutos antes la había estremecido por completo. Ni siquiera fue consciente del semblante aterrado de su marido cuando conectó la radio para hacer más amena la vuelta a casa mientras conducía y comenzó a escuchar los acontecimientos que aquella misma noche habían ocurrido en la ciudad al poco tiempo de que ellos abandonaran el centro.

Nunca sabría que aquel sonido espeluznante era la conclusión a tres historias diversas entre sí y, aunque con puntos de partida muy separados en el tiempo, condenadas a encontrarse en la cima de aquel monte.

Tres historias que llevarían la audacia, la locura y el amor hasta el extremo.

La idea que la había asustado ahora vagaba para siempre entre el cansancio acumulado y la seguridad que le generaba estar rodeada de su familia.

Sin embargo, unos minutos antes, mientras esperaba a su marido en aquel banco y apretaba con fuerza a su pequeño contra su cuerpo para tratar de protegerlo lo había tenido claro.

Ha sonado como un disparo.

ediciones ALFAR